

Malcolm Cowley

A MADRID

The New Republic (25 de agosto de 1937), pp. 63-65; (1 de septiembre de 1937), pp. 93-96; (15 de septiembre de 1937), pp. 152-155; (22 de septiembre de 1937), pp. 179-182; y (6 de octubre de 1937), pp. 233-238. Traducción de Luis-Mario Schneider.

El jueves primero de julio crucé los Pirineos del este por su punto más bajo, Col de Perthus. Yo iba hacia la España republicana para asistir a un Congreso de escritores que comenzaría tres días después en Valencia. También tenía la esperanza de reunir material para una serie de artículos sobre la guerra civil, pero pronto comprendí que con sólo dieciséis días para pasar en España, y conociendo escasamente una docena de palabras en castellano, no podía esperar una imagen muy clara y detallada. Por supuesto que podía inventar cosas como otros corresponsales se ven obligados a hacer. Sin embargo, lo mejor era abandonar el proyecto y escribir solamente un registro de lo que viera y oyera.

No fue nada espectacular. No vi la batalla en Brunete (ni llegué al frente en absoluto, sólo a un sector anormalmente tranquilo); no oí las confidencias de los ministros del Gabinete. Vi y oí a la gente detrás de las líneas, que vivían lo mejor que podían en medio de una guerra dirigida contra toda la población. Las aventuras que tuve fueron triviales, y sin embargo, como todo lo demás que pasa en España, fueron parte de una lucha que nos concierne a todos.

Yo había conducido hacia el sur desde París con Dick Mowrer de *The Chicago News*. Él tiene veintiséis años y éste era su segundo viaje al frente. Esta vez traía su propio coche, para tener así cierta ventaja sobre los otros corresponsales.

Cerca de dos días anduvimos por la agradable campiña francesa, que parecía no haber sido tocada por esta guerra, ni por ninguna otra, y ni siquiera por la crisis financiera de París. Paramos en mesones donde los dueños, generalmente con buena razón, alardeaban de los vinos locales. Fue sólo en Perpignan, veinte millas al norte de la frontera, en donde por primera vez vimos lo que nos esperaba. Allí planeamos hacer nuestros preparativos finales, hacer engrasar el coche, cambiar el aceite, hacer ajustar los frenos y comprar veinte latas de gasolina, que era muy difícil de conseguir en España. La grasa y el aceite eran, a veces, imposibles de obtener.

Fuimos a un taller, el más grande y más nuevo. El interior estaba vacío; a la izquierda de la puerta, cerca de la bomba de gasolina, media docena de mecánicos, con sus monos casi limpios, estaban sentados. A la derecha de la puerta, el propietario estaba parado murmurando algo a un amigo suyo. Uno de los mecánicos se acercó y nos dijo que no podían servirnos puesto que el garaje estaba en huelga. Entonces el propietario se nos acercó y nos habló en su francés meridional. No, no podían servirnos. Sí, el taller estaba en huelga, porque estos caballeros de la izquierda, querían que él aplicara la ley de las cuarenta horas y los cinco días. Pero seríamos nosotros tan amables de mirar al otro lado de la calle, a aquel artesano independiente. Él trabajaba por su cuenta, tenía su propio taller, y ¿tenía que aplicar la ley de las cuarenta horas y

cinco días? No, en absoluto. Él podía trabajar catorce horas al día, siete días a la semana si así lo deseaba, y eso era exactamente lo que estaba haciendo, mientras que un hombre como yo – se golpeaba el pecho– era llevado a la bancarrota por sus mecánicos sin oficio.

Después se me ocurrió que la escena en el taller era una guerra civil en miniatura. Al otro lado de la frontera, en España, el propietario y su amigo se habían armado contra los seis mecánicos (y el gobierno elegido por ellos). Los mecánicos se habían mostrado muy fuertes, y entonces el propietario había alquilado mercenarios, italianos, alemanes y turcos. Y la batalla continuaba.

No había trenes de Francia a la España republicana. Pero cinco o seis carreteras están todavía abiertas. Una de las más importantes va de Perpignan hacia el sur, a través de Le Perthus. El día primero de julio había menos tránsito en esta vía que en cualquier carretera de Pensylvania. La policía francesa estaba a la espera de voluntarios y contrabando, pero no tenía mucho trabajo.

Nos detuvieron por primera vez cuatro millas al norte de la frontera, en el puente sobre el río Tech. Dos policías de la Guardia Móvil, el grupo más adiestrado de la policía francesa, nos pidieron nuestros papeles, que eran numerosos y difíciles de conseguir, pero que estaban en regla. Nos interrogaron bastante sobre nuestras razones para ir a España, y finalmente anotaron nuestros nombres en sus libretas oficiales.

La carretera se internaba por un desfiladero entre unas colinas en las cuales se veían aquí y allá alcornoques despojados de su corteza, de una altura escasamente superior a la de un hombre. Las únicas personas que vimos fueron los de la Guardia Móvil con sus gorras negras, que caminaban en parejas. En otro puente, nos sometieron al mismo tipo de interrogatorio que antes, pero esta vez los guardias tenían cara de tan pocos amigos que empecé a temer que nos devolvieran. Jadeaba, y mis manos estaban frías.

En Le Perthus, el pueblo fronterizo, algo más de una docena de autos de pasajeros estaban estacionados al lado derecho de la carretera. Pensé al principio que esperaban para entrar a España, pero resultó que pertenecían a observadores franceses y de otros países, algunos de los cuales, estoy seguro, trabajaban para Franco. El examen que nos hicieron los de la policía y los de la Aduana duró más de una hora. Durante todo ese tiempo, sólo dos coches cruzaron la frontera. El uno era un camión de Barcelona, pintado de rojo y negro, los colores de la CNT; se acercó a una bomba de gasolina en el lado francés, llenó el tanque y arrancó de nuevo. El otro, un coche de embajada, tan lleno de banderas de Suiza que semejaba un toro lleno de banderillas. La única mercancía que esperaba para cruzar la frontera era un cargamento de corteza de corcho destinado a una fábrica norteamericana. Por supuesto que no es nada seguro hacer generalizaciones de esta experiencia, pero lo que vi en Le Perthus fue confirmado luego por casi todo lo que oí al sur de la frontera. La República española prácticamente no recibía ayuda de su hermana del Norte. Había contrabando de armas en los caminos vecinales, siempre lo ha habido, pero me informaron que la mayoría le llegaban a Franco y no a los republicanos. En cuanto a los artículos que no son contrabando de guerra, su comercio no era ni la mitad de lo que es en tiempos de paz. España estaba peleando contra el fascismo interno (en ese sentido estaba peleando por todos nosotros), pero con excepción de la ayuda de Rusia, y de algunos voluntarios

que cruzan los desfiladeros de los Pirineos y una pequeña cantidad de suministros que llegaban de México por mar, España está peleando sola.

Había una cadena extendida a lo largo del camino en el límite internacional. Una docena de soldados, que no parecían militares, estaban parados al otro lado de la cadena (para mí la inhabilidad de parecer o sentirse en casa dentro de un uniforme es una de las cualidades mejores del carácter español). El oficial a cargo miró nuestros documentos rápidamente, y ni siquiera nos pidió que le mostráramos el grueso montón de cartas y salvoconductos cuya búsqueda me había ocupado durante un mes por embajadas y consulados. Se echó para atrás y levantó el puño a la manera de saludo del Frente Rojo. «Salud», dijo, y nosotros contestamos «Salud». Se bajó la cadena y finalmente entramos en España.

Condujimos a una velocidad de cuarenta kilómetros por hora sobre un camino sembrado de árboles muy similar a los caminos franceses, y después, a través de campos –aparentemente más fértiles y mejor cultivados que los franceses–. Al principio no vimos ninguna señal de guerra a excepción de unos camiones rusos. El aviso indicaba «A Madrid, 479 kilómetros», «A Madrid, 479 kilómetros», siempre a Madrid. Después me preguntaba a mí mismo si estas señales, que se encuentran en cualquier carretera española, no habrían dado ánimo a los soldados de Franco. Éstos habían conducido, semana tras semana, carretera tras carretera, hasta alcanzar el cartel que anunciaba «A Madrid, 1 kilómetro». Allí, con el Palacio Real a la vista, se habían detenido.

Cuando llegamos a Gerona, situada cuarenta millas al sur de la frontera, tuvimos la ocasión de ver por primera vez lo que la guerra es en realidad para las ciudades localizadas detrás de las líneas. Cada escaparate en la calle principal estaba cruzado con tiras de papel para evitar que se rompiera, cuando estallaban las bombas arrojadas por los aviones. Paramos en una estación de servicio, donde mediante sonrisas y un aire de impotencia, de desamparo, conseguimos veinte litros de gasolina a pesar de las restricciones oficiales. El empleado nos contó que había habido una incursión aérea hacía dos noches. Hay fábricas textiles en Gerona, y éstas eran probablemente el objetivo militar, pero las bombas no habían caído tan siquiera cerca de las fábricas. Habían caído en una zona residencial y habían matado a seis personas. Otras dos estaban heridas de muerte en el hospital. Todas eran civiles. Unas pocas millas más al sur, pasamos por una aldea de pescadores sin ninguna importancia militar. Estaba medio destruida después de un bombardeo desde el mar. Otra aldea había sido alcanzada por dos bombas pesadas. Y así la historia se repetía y se repetía: al día siguiente de haber cruzado Tarragona, ésta fue atacada por el crucero Canarias. Dos días después pasamos por Castellón de la Plana; hubo allí una incursión aérea. Pero ninguno de estos bombardeos, por mar o aire, había afectado en absoluto a los ejércitos republicanos. Lo único que hizo fue animarlos a pelear con más decisión. Todas las víctimas de los bombardeos eran civiles, en su mayoría mujeres y niños. Ésta era una clase de guerra nueva, sin orgullo, sin razón, una perversidad loca como la de un chico idiota que ha robado el rifle a su padre.

Dick me contó, que cuando su tío, Edgar Ansel Mowrer, había visitado España el año anterior, su coche había sido detenido cuarenta y seis veces entre la frontera y Barcelona, siempre por

miembros de la CNT o de la FAI (Federación Anarquista Ibérica). A Dick y a mí nos detuvieron dos veces. En ambas ocasiones fueron hombres corteses y eficientes, vestidos con sus uniformes azul oscuro, miembros, según me dijo Dick, de la Guardia de Asalto al servicio del gobierno central. Casi todos los carteles anarquistas habían desaparecido de las paredes.

Entramos en Barcelona al anochecer. Sobre los techos de las casas se veían las chimeneas de las fábricas, que lanzaban su humo al cielo verdoso. Yo buscaba un buen augurio y aquí estaba: la ciudad trabajaba hasta el anochecer. Sin embargo, había muchos jóvenes en las calles. Grandes autobuses pintados de rojo y negro pasaban cerca de nosotros, ruidosos, a gran velocidad y con una mezcla de gasolina muy fuerte, lo que causaba que nubes negras salieran de sus tubos de escape. Las plazas principales estaban llenas de taxis Chevrolet, nuevos, brillantes y pintados de rojo y negro. Y yo me preguntaba si los entregarían al ejército.

En el hotel donde nos hospedábamos, grande y semivacío, nos advirtieron que sacáramos todo del coche, incluso las herramientas y la llanta de repuesto. Así que trabajamos gran parte del caliente crepúsculo mediterráneo, moviendo maletas, cajas de provisiones y latas de gasolina. Y sentí que no me iba a gustar esta ciudad.

Pero Barcelona era mejor por la noche. La comida –muy buena– fue servida a las nueve y media por los camareros sin afeitar y sin corbata. Después de cenar nos sentamos en un café que estaba repleto de gente hasta la orilla de la acera. Un aviso pedía a los clientes que, debido a las «circunstancias poco usuales», pagaran por sus bebidas tan pronto como les fueran servidas. Dichas circunstancias eran por supuesto las incursiones aéreas, que permitían a los clientes desaparecer sin pagar la cuenta. Afuera las calles estaban sin iluminación, pero un numeroso grupo de personas, unido por un sentimiento común, deambulaba por ellas.

Pasamos gran parte del día siguiente esperando ver a un oficial del Ministerio de Propaganda, para quien ambos teníamos cartas. El oficial no estaba en su oficina esa mañana, debido a una crisis en el gabinete de Cataluña. ¿Podríamos volver a las cinco de la tarde?

Caminamos hacia las Ramblas y descubrimos que en la brillante luz del Mediterráneo había una extraña mezcla de desolación y de animación. Los cafés estaban llenos; los puestos de prensa vendían periódicos y revistas de todas las naciones democráticas y esto incluía a Hollywood. Los buhoneros y limpiabotas nos acosaron tan pronto como nos sentamos bajo los árboles. El mercado, cuya entrada principal estaba a treinta yardas de donde yo estaba, se encontraba repleto de frutas, verduras, pescado y aves, todo menos carne (y aún de ésta no había una escasez real). Pero en las Ramblas, la tercera parte de los almacenes y tiendas estaba cerrada, con las ventanas destrozadas o selladas.

Pasamos por los cuarteles del POUM, la organización comunista izquierdista, que era aliada de los trotskistas, y vimos una media docena de guardias de asalto vigilando la entrada. Adentro había un montón de yeso, así como panfletos contra el gobierno. Caminamos hacia el puerto. Aquí, en la parte baja de las Ramblas, los edificios mostraban señales de fuego de ametralladora. Recuerdo una ventana perforada en una forma casi simétrica, algo similar a la tapa de un pimentero.

Después del almuerzo nos encontramos con un grupo de periodistas extranjeros, franceses, escandinavos, alemanes y suizos en un café. Fueron muy cordiales con nosotros y de inmediato sentí antipatía hacia ellos. Los periodistas en todas partes aprenden a asumir un aire de cinismo, pero aquí en Barcelona era peor. Además, el cinismo estaba mezclado con un tipo de dilettantismo revolucionario casi siniestro. Uno de ellos decía que no pensaba ir a Madrid. «Madrid es muy ordenado; está dedicado totalmente a ganar la guerra. Pero aquí en Barcelona siempre hay problemas: es formidable, épantan». Otro me recomendó que visitara las aldeas situadas tras el frente aragonés, las cuales estaban regidas en ese momento por los anarquistas de Cataluña. «Ensayan todo tipo de cosas», me dijo. «Yo estuve en una aldea donde habían abolido el dinero. En otro se habían repartido sus posesiones en partes iguales y se hablaba de volver al Siglo de Oro. Todo esto es una locura, pero me encanta». Entonces se ofreció a cambiarnos nuestro dinero francés por pesetas y nos robó en el cambio.

Salí de Barcelona al día siguiente, con un humor de perros. El oficial del Ministerio de Propaganda a quien finalmente vimos, no a las cinco y media sino a las seis y media, nos demostró ser un modelo de sentido común y agudeza política. Nos explicó la situación en Cataluña –la lucha entre la UGT y la CNT, o sea, entre el gremio obrero y el socialista sindicalista; la influencia de los anarquistas en este segundo grupo; la división entre los anarquistas mismos, de manera que algunos trataban de ganar la guerra haciéndose oficiales del gobierno, tenientes generales y hasta policías, mientras que otros peleaban más contra Negrín que contra Franco; el completo descrédito del POUM, aún con sus aliados anarquistas, cuando asumió la responsabilidad por el levantamiento de mayo; y finalmente los esfuerzos satisfactorios del gobierno para crear un orden y una disciplina nuevos–. Pero había una gran cantidad de cosas que no tenía que explicar, porque los hechos hablaban por sí mismos y éstos no eran agradables.

Aquí estaba Cataluña, el más grande y casi único distrito industrial moderno en la península española. Aquí había potencial humano, agua, fábricas, molinos y campos bien irrigados. Aquí había una gran fuente de soldados y suministros para la España republicana, y parte de ellos llegaban al frente. Los catalanes tenían un ejército de cien mil hombres en Aragón; habían enviado miles de voluntarios a Madrid; estaban construyendo camiones y aviones y enviando parte de su abundante alimento al interior, pero todavía no estaban haciendo lo suficiente. Sus jóvenes hacían largas colas frente al estanco para comprar un paquete de cigarrillos. Las fábricas trabajaban sólo cuarenta horas a la semana, de acuerdo con las órdenes de guerra. La primavera pasada habían exportado la mitad de su cosecha de patatas a Inglaterra, en un momento en que Madrid no tenía patatas, ni comida suficiente de ninguna clase. Y no podían dirimir sus contiendas internas ni sacar a relucir armas a las calles. Lo mejor que se podía decir era que las cosas iban mejorando, que la UGT y la CNT estaban comenzando a cooperar, que el ejército inactivo de Aragón había sido tomado bajo control por el gobierno central, y equipado con rifles y tanques arrebatados a los anarquistas, y estaba listo para atacar...

Le mencioné algunas de mis dudas a Dick Mowrer. «Espera hasta que llegues a Valencia», me dijo. «Eso empieza a tener sentido. Y Madrid, bueno, es maravillosa. No hay nada en el mundo como Madrid».

El ferrocarril de vía única entre Barcelona y Valencia corre generalmente paralelo a la carretera. Y ahora que el mar se ha vuelto tan inseguro, estas dos son las principales vías de comunicación entre la mayor ciudad industrial del país y la capital. Y, por supuesto, cualquier ayuda que fuera hacia el sur debía usarlas. Sin embargo, no habían muchos camiones en la carretera (posiblemente habría más por la noche), y durante siete horas de recorrido no vimos ni un solo tren.

Dick Mowrer tenía razón acerca de Valencia. Había menos civiles deambulando por las calles que en Barcelona, y había más hombres uniformados.

Los edificios no estaban agujereados a balazos. No había más autobuses que los que se necesitaban para el tráfico urbano, y no vi taxis (aunque supe después que había unos pocos en servicio). Los carteles tenían mucho colorido y mensaje, pero sin la extravagancia de los que había visto en Barcelona, que hacían pensar que los catalanes estaban haciendo tanto ruido sólo para darse ánimos. En la plaza principal había un anuncio que recordaba a los valencianos que el frente de batalla (en Teruel) estaba a sólo 110 kilómetros. Pero el primer «1» había sido arrancado por el viento, así que parecía que la guerra estaba muy cerca.

Los corresponsales de prensa que conocí esa noche durante la cena, eran muy diferentes a los que había conocido en Barcelona. Eran cínicos también, pero su cinismo estaba mezclado con simpatía, entendimiento y hasta entusiasmo. Hablaban de la situación política, y creían que ésta había mejorado bajo el gobierno de Negrín. Algunos habían visitado las nuevas fábricas y granjas colectivas. Otros hablaban de los dos centros nocturnos, que el gobierno había cerrado la semana anterior. La última corrida de toros se efectuaría al día siguiente. Pero, ¿qué quería usted? Aun en tiempo de guerra, Valencia era una buena ciudad, aunque Madrid era mejor. «Lo curioso de esta guerra –dijo uno– es que cuanto más se acerca uno al frente de batalla, más optimismo encuentra. En las embajadas españolas del exterior se siente uno desconsolado porque ellos no ven sino la situación internacional, y ésta está mal. En Barcelona le cuentan lo bien que están, pero están preocupados. Aquí en Valencia, la gente está confiada porque sabe que las cosas mejoran semana tras semana. Y en Madrid, bueno ya se darán cuenta ustedes mismos».

Temprano esa noche había escuchado por primera vez la alarma de un ataque aéreo, un ulular de sirenas que parecía venir de todas partes simultáneamente. Me acerqué a la ventana de mi cuarto, desde donde se veía la plaza principal. Los coches se habían detenido. Despacio y un poco dudosa, la gente empezaba a bajar los escalones del refugio antiaéreo que habían construido hacía poco tiempo. Otros se acercaban a sus negocios con el oído atento al ruido de aviones. Pero había un hombre sentado al pie de la fuente que estaba comiéndose un melón como si este acto fuera lo más importante para él. La plaza permaneció en silencio durante unos diez minutos. Entonces la gente decidió que no había ningún ataque aéreo, y abandonó el refugio

antes que las sirenas anunciaran que el peligro había pasado. Todo se movilizó otra vez. El hombre sentado al pie de la fuente había casi terminado su melón, y compartía la última tajada con un soldado que se había sentado junto a él.

Mucho después me enteré que tres bombarderos fascistas se habían acercado a la ciudad, pero habían sido alejados por los aviones leales.

El Congreso de Escritores fue inaugurado al día siguiente, cuatro de julio, en el Ayuntamiento. Para llegar al salón de reuniones había que subir por una escalera de mármol blanco, dañada por una bomba durante un ataque aéreo unas semanas antes. Habían reparado los escalones con ladrillos rojos; el hueco en el techo lo habían cubierto con un toldo. En la cámara había reporteros, fotógrafos de periódicos y revistas, y una gran cantidad de personas tomando fotografías. Estos últimos lo hacían casi a la manera de los bandidos tradicionales: su fotografía o su vida. Pasé el día extremadamente ocupado. Escribí un discurso; lo hice traducir; escuché otros discursos; asistí a un almuerzo oficial; hablé por la tarde, sudando; finalmente, a las diez de la noche, fui entrevistado en varios idiomas, dos de los cuales entendía. A las once me fui a dormir, aunque esto significó perderme la representación de un drama de García Lorca, presentado en honor de los delegados.

Antes del amanecer, me despertó el ruido de las sirenas. Me acerqué a la ventana. La plaza estaba en completa oscuridad, a excepción de una pálida bombilla azul que señalaba la entrada al refugio antiaéreo. Vi a la gente desaparecer dentro de las entrañas de la tierra; todos llevaban pijamas y camisolas, y a la luz tenue de la bombilla azul parecían un río de fantasmas. En el cielo se escuchaba el ruido de motores. «Trimotores», dijo Dick, y me hizo retirar de la ventana. Él había presenciado muchos bombardeos en Madrid, y había visto muchos muertos y, por lo tanto, no iba a permitirme correr riesgos innecesarios.

Nos sentamos en mi cama cerca de la pared exterior. Dick me explicó que, si una bomba caía y entraba por el techo, no había salvación posible para nosotros. Pero si caía en la plaza, que parecía haber sido el blanco de bombardeos anteriores, la pared nos protegería contra los fragmentos. Hubo una docena de explosiones seguidas. Me pareció que unas eran más fuertes que las otras, y le sugerí a Dick que las más sordas debían ser bombas. Dick me contestó que todas eran de proyectiles antiaéreos. Y así estuvimos un rato, discutiendo y sintiéndonos (por lo menos yo me sentía) como un conejo en su madriguera, oyendo a los perros ladear y disparos que pasaban por arriba. Al rato las explosiones se hicieron menores y el ruido de los aviones ya no se escuchaba. Cuando regresé a la ventana era ya de madrugada y la gente empezaba a abandonar el refugio. Entonces las sirenas sonaron por segunda vez para anunciar el fin del ataque y la ciudad se movilizó de nuevo.

Habíamos presenciado un ataque aéreo y sabíamos tanto acerca de él como podría saber cualquier neoyorquino que lo leyera en el periódico. ¿Había dos aviones o una docena? ¿Habían bombardeado la ciudad? ¿Habían matado a alguien? Las respuestas a todas estas preguntas las encontré sólo dos semanas después, al leer los archivos del diario *Ce Soir* en París. Eran seis aviones fascistas, que habían tratado de bombardear el centro de la ciudad, donde están las

oficinas del gobierno, pero que habían sido ahuyentados por el fuego antiaéreo. Durante la Guerra Mundial eso hubiera sido todo. Los bombarderos tenían un objetivo militar. Si no podían alcanzarlo, tenían otro objetivo, también militar. En caso de que éste fuera inalcanzable también, los aviones volvían a sus bases. Pero ésta era una guerra diferente, en la que la matanza y la destrucción eran también objetivos. Los seis aviones fascistas, al ser alejados de Valencia, se separaron y bombardearon los suburbios. Descargaron cerca de cuarenta (tenía yo razón sobre las explosiones sordas), pero la mayoría de ellas en campo abierto. Dos personas murieron y hubo una docena de heridos, en su mayoría niños. Esto hizo que me acordara de Vicente Coll, un matón que una vez hizo fuego con su ametralladora sobre una calle llena de niños en Harlem. Fue acusado de descuido por sus mismos compañeros. Pero Coll no tuvo la previsión de anunciar que era contra las Hordas Rojas, en nombre del Orden, la Disciplina y la Iglesia.

Dick se quedó en Valencia, donde algunos asuntos lo retenían hasta el fin de semana. A las diez de la mañana, con más confusión de lo acostumbrado pero con menos demora, salí para Madrid en la caravana de automóviles que llevaba a los escritores del Congreso.

Por un trecho de aproximadamente veinte millas al oeste, la carretera pasa por huertos, viñas y naranjales. Luego sube hasta los valles, desde donde se ven los lechos resecos de los riachuelos que se hallan marcados por azaleas rosadas. Arriba, en la meseta, la luz es cegadora. Los campos se extienden hacia el horizonte en distintos tonos amarillos y dorados: el amarillo verdoso de la avena madura, el dorado color del trigo, el dorado rojizo de la arcilla. Las aldeas, con sus casas de paredes color crema y sus techos rojizos, tienen casi el mismo color de los campos.

La meseta de Castilla debe ser el infierno al que mandan a los interesados en la conservación del suelo, por sus pecados. Por todas partes se ve la erosión y la tierra exhausta ya. No hay árboles, a excepción de los que están a la vera del camino, y algunos pinos con las ramas cortadas por los campesinos para procurarse leña. No hay mucha hierba. Hay demasiadas cabras y ovejas que devoran la hierba hasta las raíces, lo que provoca que el suelo se seque con el sol y se deslice con la lluvia. Hay demasiado trigo, sembrado en campos mal preparados con arados que remueven la tierra en vez de prepararla para la siembra. Y hay demasiada gente; lo que significa que se necesitan más cabras y ovejas para mantenerlos, y así todo, en un eterno círculo vicioso.

Ése es, en mi opinión, el mayor problema de España, que la ha mantenido en un constante estado de revolución y contrarrevolución. El primer problema ha sido agravado con un sistema de acaparamiento de las mejores tierras por un reducido grupo de nobles. Y se ha agravado más aún con la apertura de escuelas en las cuales los españoles aprenden que la gente en otros países vive mejor. Los fascistas proponen como solución al problema el cierre de las escuelas y la matanza del grupo sobrante de la población.

El mayor peligro que acecha a los extranjeros en España no es el de los aviadores fascistas, sino el de los chóferes republicanos. Éstos conducen de acuerdo con la bocina del automóvil; cuanto más fuerte suene ésta, mayores riesgos corren. Les encanta tomar las curvas cerradas a

cincuenta millas por hora, con gran estruendo de frenos y con las llantas traseras apuntando hacia el vacío. Son individualistas y libertarios; no pueden mantenerse en fila, así que en una caravana como la nuestra dan frenazos en seco, acelerones súbitos y se adelantan constantemente. Nos contaron que el chófer de André Malraux, al tratar de alcanzarnos, había chocado en una curva con un camión lleno de pertrechos. El camión había volcado, desparramándose su contenido de proyectiles de artillería sobre la carretera. Afortunadamente, ninguno había estallado. Más tarde, en Albacete, me hablaron de un camión cargado de bombas que chocó con un tren; hubo ciento cincuenta heridos y la carretera estuvo cerrada durante dos días. Un escuadrón de bombarderos fascistas no hubiera causado tanto daño.

Aquella tarde nos desviamos para evitar pasar por el puente de Arganda, que, a pesar de estar todavía abierto, era muy inseguro durante el día. De aquí en adelante el camino estuvo lleno, con tránsito que se iba moviendo hacia el noroeste. Había mulas cargadas con odres de vino, carros, camiones llenos de hombres o de municiones, autobuses de Madrid llenos de carne para la población civil, etcétera. Tres o cuatro veces vimos hombres que trabajaban en la construcción de un nuevo ferrocarril de vía estrecha. Cuando estuviera terminado, resolvería el problema de alimentar a Madrid, y permitiría el uso de cientos de camiones para transporte del ejército.

Vimos aviones que volvían del frente y que volaban bajo, sobre nuestras cabezas. Numerosos grupos de soldados dormían a la orilla del camino. Vimos nidos de ametralladoras construidos a propósito al pie de una colina. El último aviso rezaba: «A Madrid, 3 kilómetros».

Si se llega a Madrid de noche, se parece a cualquier otra gran ciudad del sur de Europa. Las tiendas cierran sus escaparates, los cafés están llenos de humo y conversación; hay miles de personas paseando por las calles. Con el brillo de las luces de los coches, no se nota la falta de luz en las calles. El chófer, que es madrileño, señala con orgullo: aquella es la nueva plaza de toros; allá está el parque; allá el bulevar con sus grandes mansiones, abandonadas ahora por sus propietarios; aquí las oficinas del gobierno, acá el Banco de España (ahora es nuestro banco, dice). No hay signos visibles de destrucción en el anochecer, a excepción de los sacos de arena que protegen los pisos bajos de los edificios importantes. El hotel es grande, bien conservado, lleno de cuartos de baño, y con suerte uno puede no darse cuenta del hueco cubierto con paño en el cuarto piso, por donde entró un proyectil.

Sólo a las seis de la mañana empieza uno a ver lo que la ciudad ha sufrido. En la acera de enfrente hay una iglesia destruida por una bomba; el techo se ha hundido y ha dejado a la vista los pilares coronados de querubines dorados del siglo dieciocho, que se sonríen unos a otros a través de un desierto de yeso quebrado. Entonces va uno a la Puerta del Sol. A primera vista, la plaza principal de Madrid parece tal cual, como la hemos visto en fotografías, pero algunos edificios semejan conchas vacías. Hacia el Este, los bancos y oficinas del gobierno vistos anoche están casi vacíos, con las ventanas destruidas por la repercusión de las explosiones. Todos los relojes se han detenido (para los madrileños, que nunca llegan temprano a una cita, ésta debe haber sido la tragedia menor de toda la guerra). Todas las estatuas importantes están rodeadas de paredes de ladrillo y cubiertas con sacos de arena.

Otro día anda uno por la Gran Vía, la calle de los grandes cafés y tiendas. En ella se encuentra el edificio de la Telefónica, el más alto de Madrid, que ha sido el blanco principal de la artillería pesada de los fascistas. A excepción de unos cuantos agujeros, varias ventanas y una cantidad de sacos de arena para proteger el sótano, no hay mayores cambios en su estructura. Pero muchos de los otros edificios en la misma calle han sido cribados por los proyectiles destinados a la Telefónica. Todas las ventanas que dan a la Gran Vía están rotas, todos los postigos retorcidos y las paredes, agujereadas por los proyectiles. Al Norte, hacia Cuatro Caminos, se ven edificios de pisos con una pared entera rebanada, lo que da un corte transversal de los cuartos; se pueden incluso ver retratos de familia colgados en la pared. Otras casas se han derrumbado y han formado montañas de escombros donde los niños juegan a la guerra. Si se continúa hacia el Norte, se comienzan a ver barricadas construidas con bloques de cemento, con un hueco en el medio, de anchura suficiente sólo para permitir el paso del tranvía. Hay soldados que custodian calles que van hacia el Oeste. Si uno logra convencerlos de que no es un espía, lo dejan observar el frente fascista desde un barrio que está destruido totalmente. Y aún aquí, en este distrito, algunos se apegan a las ruinas de lo que fueron sus casas.

Pero la vida continúa en Madrid, y ése es el milagro. Desde el pasado octubre esta ciudad de un millón de habitantes ha sido bombardeada, cañoneada y aislada; desde noviembre ha sido uno de los puntos más importantes en el frente; y aún así la vida cotidiana continúa. Por la mañana los hombres van a trabajar, mientras que las esposas van a los mercados a comprar las escasas provisiones, o a pararse en largas colas a esperar que les den un poco de leche, cuando la hay. Por la tarde, de dos a cuatro, los madrileños se sientan en sus cafés favoritos a beber vermouth y naranjada, o van al cine a ver las películas americanas recientes. Por la noche, como es su costumbre, dan una caminata por las calles bordeadas de áboles, mientras cortejan a las chicas o chismorrean con sus amigos. Se casan, buscan trabajo o nuevos pisos. La vida continúa. Se corta el césped de los parques, se riegan los áboles mediante un sistema de aspersión a base de minúsculos surtidores. Hay puestos donde se venden refrescos en las esquinas de las calles principales. En los quioscos se vende El Sol y Mundo Obrero. Los almacenes ofrecen grandes rebajas. Inclusive en la Gran Vía están abiertos los almacenes.

Por supuesto que algo hay de inevitable en aquel famoso fatalismo español del que hemos oído hablar tanto; pero después de unos días se da uno cuenta de que hay algo más. Es que los madrileños aman su ciudad y no piensan abandonarla ni entregársela al enemigo. Desde noviembre están tan enfrascados en su lucha por mantenerla, que todo lo demás no tiene importancia. Libre a los nuevos heridos. El gobierno estaba planeando una ofensiva fuerte, de ello no había duda.

Aquella noche hubo una recepción en los cuarteles del sindicato de escritores españoles, la Alianza. Hablé con un escritor holandés llamado Jef Last, alto, delgado, de aspecto frágil y cansado, quien había estado peleando desde hacía diez meses en el frente y era ahora capitán

del ejército regular español. Me explicó por qué las tropas republicanas no habían podido hasta ahora iniciar la ofensiva. Cuando sus ataques llegaban a corta distancia de las filas enemigas, el problema era mantener la superioridad en el fuego. Esto no se podía lograr sin contar con rifles automáticos y armas livianas, mientras que el ejército sólo poseía cañones, artillería pesada y rifles del ejército. A veces, con gran sacrificio de hombres, lograban ganar la posición a pesar de su equipo deficiente, pero carecían de las fuerzas de reserva que les ayudan a resistir un contraataque; por eso se habían tenido que retirar de La Granja después de un brillante avance... Paró por un momento, como para sacudirse el cansancio: «Pero ahora tenemos unas ametralladoras livianas. Estamos reclutando elementos de reserva, en gran número. La próxima vez será diferente y antes de lo que se espera».

Fui al otro lado del salón porque había reconocido a un novelista inglés, quien servía ahora de oficial político con la Brigada Internacional. Me quería hablar acerca del ejército español: «Los nuevos reclutas son mejores soldados que los que se alistaron como voluntarios. Tienen menos conciencia política, pero odian a los fascistas y son más dóciles a la disciplina. Muy pronto tendrán la oportunidad de demostrar sus cualidades guerreras». Y bajando el tono dijo: «Tal vez en este mismo momento».

De regreso al hotel me encontré con un hombre a quien había conocido en Nueva York. Allí era un reportero sin trabajo. Ahora trabajaba en el hospital americano en Albacete. Nos confirmó lo que el fotógrafo nos había dicho sobre los heridos: los que no estaban graves eran enviados a salas de reposo. Más aún, el director del hospital había sido advertido de que estuviera preparado para atender mil seiscientos casos diarios hasta nueva orden. Ya podríamos imaginar lo que aquello significaba.

Todo el mundo en España parecía saber algo sobre la ofensiva. Hasta Queipo de Llano la había mencionado en su transmisión desde Sevilla. Había rogado a los republicanos que se apresuraran porque los moros estaban listos para devorarlos. Así son los planes militares en España; todo el mundo los conoce, hasta el alto mando del ejército enemigo. Pero esta vez había una pequeña diferencia: nadie sabía dónde ni cuándo tendría lugar el ataque.

Por mi parte, no lo pensé demasiado durante el viaje a Madrid. Había tropas y armas en el camino, pero más o menos el número usual. Los periódicos vespertinos del cinco de julio, en Madrid, no tenían noticias nuevas. Pensé que los rumores eran falsos, o que la ofensiva iba a ser pospuesta. Pero al día siguiente, temprano, por la mañana, oí los ruidos peculiares del combate y del bombardeo. Se escuchaba, como se había oído en París en 1917, cuando era traído por el viento. La ofensiva republicana había comenzado en el frente de la Sierra.

Esa misma mañana, el Congreso Internacional de Escritores convocó su primera sesión en Madrid.

Había dos razones por las cuales el Congreso se reunió en esta ciudad sitiada. La primera fue un asunto de cortesía. En el Primer Congreso de Escritores, celebrado en París hacía dos años, los representantes españoles habían invitado a sus colegas a reunirse para un Segundo Congreso en Madrid. La invitación se había repetido en Londres, en una reunión del comité ejecutivo en

junio de 1936, un mes antes de la sublevación, y había sido aceptada formalmente. De alguna forma, se podía decir que se estaba cumpliendo con un compromiso adquirido. Pero había más todavía. Esta guerra civil, transformada en una contienda internacional, había «tocado» a los escritores de otros países, y la gran mayoría estaba a favor del gobierno. Y celebrar el Congreso literario en Madrid era una forma de demostrarlo; era una manera de mostrar a los escritores españoles y a los soldados que no estaban peleando solos.

Los primeros planes fueron anunciados en los periódicos de París, el seis de noviembre, el mismo día en que las tropas de Franco peleaban ya en las calles de Madrid. Durante los siguientes ocho meses, la ciudad estuvo en combate y hubo escasez de alimento; el Congreso tuvo que ser suspendido más de una vez. Los invitados debieron ser elegidos cuidadosamente, por miedo a invitar espías, provocadores o buscabollos, ya que lo que hubiera sido un divertido escándalo literario en Nueva York, podía haber tenido resultados peligrosos en un país en guerra, especialmente con el levantamiento anarquista-trotskista en Barcelona. Había toda clase de dificultades por el tratado de no-intervención. A los delegados británicos originales se les negaron pasaportes en su Oficina de Asuntos Extranjeros, que tiene tendencias fascistas. Una nueva delegación debió ser nombrada y pasada de contrabando. Los exiliados alemanes temían cargar pasaportes con un visado español, puesto que podían tener problemas para volver a Francia y Austria. Las penalidades de viajar en la zona de guerra hicieron físicamente imposible la movilización para algunos escritores de edad avanzada como Heinrich Mann, cuyo hermano, Thomas, estaba enfermo en Suiza.

Al considerar todos estos obstáculos, más el individualismo y la indisciplina que caracterizan a los literatos, me maravilla pensar cómo el Congreso pudo reunirse en París, pasar la frontera con sólo unas horas de retraso y viajar en España por caminos reservados para el tránsito militar. Al llegar a Madrid el espectáculo era impresionante. Había setenta y cinco u ochenta delegados de veintiocho diferentes países del globo, comprendidos China, Islandia y Chile. La representación latinoamericana era muy fuerte. Había hombres y mujeres de renombre internacional. De Francia estaban Malraux, Benda y Chamson; de Inglaterra, Stephen Spender y Silvia Townsend Warner; de la Unión Soviética, Koltsov, Fadeev y Ehrenburg; de Dinamarca, Martin Andersen Nexø. La delegación española estaba compuesta por Bergamín (un católico, presidente de la Alianza de Escritores), Álvarez del Vayo, y Machado y Alberti (considerados como los dos mejores poetas tras la muerte de García Lorca). Junto a ellos estaban los escritores de las Brigadas Internacionales: Ludwig Renn, Gustav Regler, Ralph Bates. Todas éstas eran personas cuyos libros yo admiraba o había combatido. Podía esperar entonces un intercambio de ideas, de observaciones y de teorías.

Pero el Congreso se encontró con otros problemas. La España Republicana, durante su lucha contra moros, alemanes e italianos, se ha vuelto orgullosa de sí misma como nación, con toda la razón del mundo. No desea la piedad de extranjeros bienintencionados; desea su admiración y ayuda material. Mientras estuvieran relacionados con el Congreso, serían en su mayoría escritores también. Eran hombres de vasta cultura sobre problemas literarios, para quienes el

Congreso era una ofensiva en el frente cultural. Como tal, era más importante que la ofensiva militar que había comenzado al oeste de Madrid.

Nadie impuso los temas sobre los que se debía hablar. Nadie guió la discusión. Pero estando en esta heroica ciudad, que trataba de librarse de un asedio de ocho meses, era casi imposible tratar de temas literarios como el realismo, o el héroe en la literatura contemporánea, o los problemas de creación de novelas por y para la clase trabajadora. En vez de esto, se habló de la lucha. En varias ocasiones la discusión fue ahogada por el ruido de la contienda.

La atmósfera marcial fue mayor aún en las dos reuniones que se efectuaron en Madrid el seis de julio. Se celebraron dichas reuniones bajo la dirección honoraria del general Miaja, el comandante en jefe de las tropas. A ambos lados de la plataforma había soldados de guardia; con un calor tan intenso veía sus frentes perladas de sudor, lo que les obligaba a parpadear continuamente. Una banda militar tocó algunas composiciones, pero las repitieron demasiado. Durante cada ejecución de *La Internacional* y del nuevo himno español, nos levantábamos en posición de firmes con nuestros puños levantados. Los oradores hablaron uno tras otro, bajo las grandes luces, entre otros un poeta negro de Cuba, un exiliado alemán, un búlgaro que había sido condenado a muerte y puesto en libertad ocho años después, un polaco del batallón Dombrowsky, un francés del batallón Marty; en fin, un desfile de naciones para afirmar en sus diferentes idiomas que los españoles estaban combatiendo por todos nosotros y que nosotros estábamos a su lado en cuerpo y alma.

Recuerdo la presencia de los oradores más que lo que dijeron. Entre otros Stephen Spender, alto, delgado, de pelo ondulado con la camisa abierta, sin corbata, como si fuera el Shelley descarrido del siglo veinte; Julien Benda, bajo, con su flequillo de cabello gris sobre la frente, lo que lo hacía similar a una estatua del emperador Augusto; José Bergamín, delgado, de piel oscura, con su apariencia de pájaro; Alexis Tolstoi, rollizo, calvo, con su aura de triunfo por dos millones de ejemplares de sus libros vendidos en Rusia y traducciones a todos los idiomas; Silvia Townsend Warner, que me recordaba a una solterona inglesa un poco chiflada (como su protagonista Lolly Wullowes); Ludwig Renn, alto, con sus gafas de montura de acero, que siempre tenía su cabeza inclinada hacia un lado como si estuviera escuchando una voz que viniera desde abajo; Vishnevski y Stavski: de Moscú el primero; feliz como un marinero en asueto, el segundo, que medía seis pies de alto y tres de ancho, con una narizota y su cabeza rapada, lo que le hacía parecer el preso en una comedia de Mack Sennet, pero un preso tan amigable que todos le sonreían y estrechaban su enorme mano.

Al pensar en ello recuerdo esa cualidad común de todos: tibieza, humanismo, lo que los hacía diferentes a tantos otros escritores que yo conocía. En sus países ellos eran hombres con sus ideas propias. Inclusive aquí, en esta reunión detrás de las trincheras, algunos de ellos (y de esto sólo me enteré después) dijeron algunas cosas demasiado perspicaces; pero yo estaba tan distraído con el calor y la confusión de idiomas que sólo entendí los slogans patrióticos. En mi libreta tengo apuntado un diálogo con Sylvia Townsend Warner, la mitad escrito por mí, la otra mitad por ella.

M.C. –«¡Abajo el fascismo! ¡Viva el proletariado español! ¡Salud!».

¡Éstas fueron las palabras del último orador! Las usó para lograr un aplauso.

S.T.W. –Los españoles están demasiado ocupados con sus problemas para preocuparse por el antifascismo alemán. Y el alemán hizo muchos comentarios que se referían a su propia lucha.

M.C. –Pero si miras a aquellos escritores franceses que acaban de salir para fumar, te das cuenta que la carnada que ha puesto es como ponerle naftalina a las polillas, o aceite de eucalipto a los zancudos.

S.T.W. –No todos los escritores son disciplinados.

M.C. –Los Congresos de escritores son por lo general más interesantes en los pasillos

S.T.W. –¿Oíste esa bomba?

La bomba puso término a nuestro diálogo por el momento, y además, el siguiente orador era más interesante. Antes que terminara su discurso hubo una interrupción. Un grupo de soldados se acercó a la plataforma con dos estandartes capturados en Brunete, el uniforme de un coronel fascista y, además, un puñado de pendientes de mujer que este mismo coronel había tomado durante una incursión en una población civil. Los soldados anunciaron que, desde el alba, se había logrado avanzar dieciséis kilómetros. Su ofensiva –la otra ofensiva– estaba logrando un éxito inesperado.

Nuestra ofensiva mejoró también en los días siguientes. Días después, el diez de julio, en Valencia, Fernando de los Ríos rindió un homenaje a su amigo muerto García Lorca. Luego, en una reunión en París, Aragon leyó un trabajo en defensa del nacionalismo literario. Al final, el Congreso tuvo resultados literarios, pero fue más importante como demostración de la solidaridad internacional. Pero eso es adelantarme mucho en mi historia.

Madrid, 6 de julio

Cenamos después de la segunda reunión. Los escritores delegados de las Brigadas Internacionales están de muy buen humor. Para nosotros, este Congreso es cosa seria; para ellos es un escape mágico hacia la vida civil y la compañía de mujeres hermosas. Colocan un pequeño piano en el centro del salón y empiezan a tocar sus marchas, incluyendo una serie interminable de parodias de La Cucaracha. El hotel vibra con el coro. De pronto noto que los camareros cierran las ventanas y las persianas. Se apagan las luces una tras otra; el último coro cesa. En el silencio escuchamos la explosión de un proyectil bastante próximo, luego otro más cercano aún.

Gradualmente, en completa oscuridad ahora, a excepción del brillo de algunos cigarrillos, somos conducidos en manada a los pisos más bajos del hotel hasta que el bombardeo termina. Y aquí estamos unas cien personas de vida sedentaria, la mayoría en esta situación por primera vez. Todos reaccionamos de modo diferente. Una mujer francesa se me acerca y me pide que no deje a Anne Louise Strong salir a la calle, con una voz rayana en la histeria. Otros están indiferentes. Al bajar por la escalera me encuentro con un grupo que discute, en francés, sobre el viaje de André Gide a Rusia. Por mi parte, siento un júbilo curioso, al igual que otras personas. Nos hubiera

parecido muy mal venir sólo como turistas a esta ciudad que ha sufrido tanto. Al menos ahora compartimos su peligro.

Las explosiones se hacen menos frecuentes. Varios de nosotros, Anne Louise Strong y todos los delegados ingleses, salimos a la calle y observamos las ambulancias que corren de un lado para otro. Hay fuego dos calles más abajo, en la Puerta del Sol, y hacia allá nos encaminamos. Las llamas arden con una luz fría, casi como un destello de magnesio. Los bomberos trabajan en silencio. ¡Y toda esta conflagración es observada tan sólo por dos policías, y por un grupo de escritores ingleses y norteamericanos, que miran desde una distancia prudente!

Pienso que el fin del mundo será así, no una gran catástrofe repentina, sino un desgaste lento como en Madrid: un edificio demolido, otro consumido por las llamas, un tranvía destruido –no un solo gran desastre, sino una acumulación de desas-tres pequeños-. Y la gente seguirá viviendo y tratará de reparar los daños sin lograrlo. El fin del mundo será así –y estoy seguro de que hasta el fin habrá escritores preocupados, que se reunirán en Congresos, y hablarán, y las discusiones estarán llenas de esperanza y, finalmente, serán ahogadas por el rugir de las armas.

Tres niños españoles

Ésta es básicamente una historia de tres niños españoles, huérfanos de guerra, dos niñas y un niño. Nunca los vi, ni siquiera sé sus nombres, pero el verano pasado poco faltó para que me convirtiera en su padre legal.

El tres de julio, en Valencia, a la hora de la cena me encontré con un antiguo conocido, un escritor español que enseñaba en la Universidad de Nueva York y que de vez en cuando escribía artículos para el diario *The New Republic*. Hacía un año que era editor de un diario de Madrid. Me contó que se había casado no hacía mucho y tenía un niño. Éste era delgado y enfermizo y todos los médicos le habían dicho lo mismo: la madre estaba mal nutrida y no podía alimentarlo bien. Se necesitaba alimentación extra: un cuartillo o pinta de leche diaria. Y entonces este hombre se dio cuenta de que no había leche en toda la ciudad ni aun con receta médica. El niño estaba todavía vivo gracias a un milagro: el padre encontró a alguien que tenía almacenada una caja de leche condensada y se la vendió por consideración. Y así debe haber muchos padres en Madrid, la mayoría de ellos sin tan buena suerte.

Después tratamos otros temas. Hablamos de algunos de sus amigos en *University Heights* y, ¿por qué Roosevelt no hacía nada por España? Quería saber noticias de los Estados Unidos. Quizá después de la guerra el gobierno español lo enviara a alguna misión en Nueva York... Yo lo escuchaba distraído porque ahora estaba pensando en los niños españoles.

Camino de Madrid, el Congreso se detuvo en un pueblito, Minglanilla, para almorzar. Éramos cien huéspedes inesperados, que los del Ayuntamiento del pueblo no esperaban, pero nos atendieron muy bien en el segundo piso de la alcaldía. Había comida más que suficiente, como en casi todos los pueblos situados atrás de las líneas (las cosechas habían sido excelentes este año), pero había pocos cubiertos y vasos. Nos tuvimos que comer las tortillas de patatas con los dedos y

recoger las salsas para ensalada con pedazos de pan. Abajo podíamos oír las voces de los niños que cantaban La Internacional. Seis salimos al balcón. Todos los niños del pueblo estaban allí, en la pequeña plaza. Serían unos doscientos. Sus madres estaban un poco más allá, vestidas de negro. No había hombres, excepto dos o tres viejos. Los niños saludaron con sus puños cerrados y nosotros les devolvimos el saludo. Entonces regresamos adentro, mientras ellos seguían cantando. Cuando me asomé al balcón por segunda vez, un profesor holandés, católico, apellidado Brouwer, dirigía a los niños en su canto del nuevo himno nacional. Después cantaron La Internacional otra vez y luego levantando el puño gritaron: «Salud».

Cuando bajamos a la plaza nos vimos rodeados de niños, niñas, madres y abuelas. Las mujeres decían algo, de lo que sólo pude entender «amigos, ayúdennos, por favor». Por encima de toda la multitud se veía a Stavsky, el ruso, con su cabeza rapada, que se me figuraba un convicto de los que aparecen en las comedias de Mack Sennett. De pronto un anciano se encaminó a nuestro coche para mostrarnos un astroso y viejo recorte periodístico acerca de la masacre en Badajoz. Su hija y su yerno habían sido asesinados allí, nos decía, y había extraviado a sus tres nietecitas. Tomó la mano de una mujer vieja y la besó. Descubrí con emoción que en sus ojos había lágrimas y también en los de ella; y en los de todos nosotros, menos en los de los niños. Todo el mundo allí, en una palabra, estaba sollozando furtivamente.

Fue uno de aquellos momentos en que el sentimiento se transmite sin palabras en cualquier parte del mundo. Sólo después supe lo que las mujeres decían. Nos pedían que volviéramos a nuestros países y les contáramos que los españoles necesitaban armas y aviones. Uno de los viejos nos contó que Minglanilla había sufrido mucho con la guerra. Casi todos los jóvenes estaban en el ejército, pero muchos habían sido masacrados también en Badajoz, donde habían ido a buscar trabajo. Algunos de los niños eran exiliados de Madrid. Nicolás Guillén, el poeta negrista de Cuba, habló con un chico de diez años cuyo padre murió en el frente y cuyos dos hermanos habían muerto mientras jugaban en la calle. En cada uno de sus delgados bracitos morenos había una inscripción: «Muerte a los fascistas» y «No pasarán».

Madrid estaba lleno de niños, a pesar de todos los que habían sido evacuados. Estaban en todas partes, aun en ciertas calles que se veían desde el frente fascista. Todos eran muy guapos, con sus pies descalzos, la piel tostada por el sol y siempre sonriendo. Después de ocho meses de guerra parecían no tener en absoluto miedo. Cuando los aviones fascistas se acercaban, sus madres los llamaban, pero ellos no obedecían: era mejor ver la batalla desde las calles.

Louis Fisher llegó tarde al hotel un día tras una incursión aérea frustrada. La había visto desde la Plaza Mayor. Tres Fiats venían en busca de un objetivo para sus bombas. De repente, media docena de chatos, los aviones rusos, salieron nadie sabe de dónde. Los Fiats emprendieron la fuga con los chatos en persecución. Todos los espectadores, soldados, madres, pero especialmente niños, comenzaron a cantar al ritmo de La Cucaracha:

Los chatos, los chatos,
ya no pueden caminar...

Le conté la historia a Dick, que acababa de llegar de Valencia. Me dijo que, durante el invierno pasado, Madrid no contaba con leña ni combustible de ninguna clase. Sin embargo, nadie tocó los árboles de sombra que hay en las calles, en hiladas dobles. Mejor dicho, nadie los tocaba mientras estuvieran vivos. Pero si una bomba le caía al árbol, los chicos salían con sus hachas para cortar la leña. A las pocas horas ya había desaparecido. Otros chicos cortaban tablas y postes de los edificios bombardeados. Esto era peligroso, porque a veces una bomba o un proyectil caía de nuevo en el mismo sitio. Bomberos, policías, mujeres que guardaban cola, niños que jugaban en las calles, éstas eran las víctimas constantes de los bombardeos.

A la mañana siguiente del bombardeo en el centro de Madrid, veinte escritores salimos para visitar las líneas al noroeste de Guadalajara. Cada aldea por la que pasamos había sido víctima de un ataque aéreo. Las paredes estaban llenas de huecos y una de cada cinco casas había sido demolidas por las bombas. La mayoría de los ataques habían sido durante la primavera, cuando los fascistas trataban de vengar su derrota. Desde entonces el frente de Guadalajara gozaba de una calma que era casi modorra. Aparcamos muy cerca de las trincheras del frente. Éstas corrían hacia el borde norte de la meseta, hacia un valle donde se veía el trigo dorado, hacia la tierra de nadie. Muy cerca de allí estaba el campo enemigo: otra meseta igual a ésta con trincheras semejantes. Ninguno de los dos bandos tenía armas pesadas que alcanzaran grandes distancias, así que la vida aquí era más segura que en Madrid.

A cargo de las tropas estaba el general Hans, un exiliado alemán amable y eficiente, cuyo verdadero nombre era secreto de Estado. Habla cinco idiomas y los emplea todos para hablar con los miembros de su Estado Mayor. Uno de sus asistentes es un francés que peleó contra él en Verdún. Hans nos dijo que el frente republicano y el fascista eran inexpugnables. Él había trazado un ataque frontal después de la batalla de Guadalajara, de la empinada colina y muchos de sus hombres murieron.

Uno de los escritores creyó divisar un fascista en el valle. Hans miró con sus prismáticos y dijo que era sólo un árbol. Pero no estaba seguro, creyó ver dos fascistas a la derecha del árbol. Hablaba como si estuviera en China o en la luna, y no tan cerca como en realidad estaban.

Salimos para Brihuega, un pueblo que durante dos semanas había servido de cuartel a una división italiana. La carretera corría hacia el este, frente al campo de batalla. Cuatro meses antes, Hemingway, que había pasado por allí, había visto cientos de italianos en grupo, junto a los montones de piedras que usaban para sus nidos de ametralladoras y que les habían servido de tan poca protección contra los tanques españoles. Los italianos estaban enterrados ahora; los tanques combatían al oeste de Madrid; no había huellas de batalla, excepto los huecos dejados por los proyectiles. Brihuega había sufrido un fuerte ataque después de que los españoles la hubiesen reconquistado. Nos detuvimos cerca de una fuente de agua y Anne Louise Strong tomó unas fotos de un niño español con un fondo de destrucción y desolación. Al verlo pensé en los niños de mi ciudad en Connecticut.

«Oye, Anne Louise, ¿por qué no adopto unos tres o cuatro niños españoles y me los llevo a los Estados Unidos? Son todos tan adorables...».

«No hay razón para que no puedas hacerlo... Si de verdad estás interesado, te puedo llevar a la oficina correspondiente, en Madrid».

La mujer encargada de los huérfanos de guerra me sometió a un largo interrogatorio. ¿Cuál era mi profesión? ¿Era casado y tenía hijos? ¿Podría mantener a otros tres? ¿Asistirían a una buena escuela en Connecticut? ¿Iban a convertirse en ciudadanos americanos? Esto en especial les preocupaba. El gobierno esperaba que, al finalizar la guerra, todos los niños volvieran al país. Claro que en este caso era posible hacer una excepción, ya que la oportunidad de enviar tres niños a los Estados Unidos no se presentaba todos los días. Y me dijo: «Desde luego, los niños serán hijos de trabajadores, no de gente rica ni intelectual». Le contesté que yo no intentaba adoptar a la Infanta.

En menos de una hora todos los trámites estaban resueltos. Yo debía ir a Valencia y reservar tres pasajes para los niños en una aerolínea que va a Francia. Debía hablar con el cónsul americano y asegurarme de que no había dificultad con los pasaportes. En Madrid, entretanto, las autoridades revisarían sus archivos y escogieron dos niñas y un niño entre tres y cinco años. Los papeles de adopción podía firmarlos a mi regreso y los niños estarían listos para el viaje.

En Valencia dos días después supe que no habría problema con los pasajes. Entonces fui al consulado americano, localizado en el piso superior del Hotel Venecia. Entrar al consulado no era tan fácil; llamé al timbre, esperé, volví a llamar otra vez, entonces se abrió una mirilla y apareció un ojo mientras que una voz me preguntaba quién era y qué quería. Resultó que el vicecónsul estaba en casa con un resfriado, pero podía hablar con el *charge d'affaires*, Mr. Walter C. Thurston.

Mr. Thurston era muy simpático. No sabía nada sobre cómo conseguir pasaportes para los niños, ya que ese tipo de asunto no era parte de su trabajo, pero no veía inconveniente para ello y yo podría arreglarlo con el vicecónsul al día siguiente. Había leído en el periódico que estaba en el Congreso de escritores, cosa que le parecía muy interesante. ¿Podría decirle si tenía un visado para estar en España, y cómo lo había conseguido?

Le expliqué que yo estaba aquí primordialmente como un corresponsal del diario *The New Republic*, lo cual me daba derecho a un pasaporte sin las restricciones usuales en la zona de guerra. ¿Podía mostrarle el pasaporte? ¡Ah, sí!, encantado de ver que todo estaba en regla, pero, ¿podía escribirle una corta biografía mía, que hablara de mis actividades, para él mandarla a Washington? Mr. Thurston era muy amable y hasta amistoso en su requerimiento, pero me pareció muy extraño que un diplomático americano, quien supuestamente estaba en España para proteger los intereses de sus conciudadanos, los sometiera a este tipo de examen tan riguroso. Y el examen apenas había comenzado. Mr. Thurston había oido decir que los delegados británicos tenían problemas con sus pasaportes. ¿Sabía yo si ellos estaban en España legalmente? Le contesté que no lo sabía ni me importaba tampoco. Bueno, ¿y el batallón Lincoln? ¿Cuántos americanos había en él? ¿Había el gobierno en realidad tomado Brunete? Él tenía

noticias por la radio de Sevilla y no creía que fuera cierto. Quería saber acerca de pérdidas sufridas en la gran ofensiva. ¿Era verdad que las Brigadas Internacionales habían sido destruidas? Siguió preguntando, incesantemente. Entonces empecé a sentirme como un prisionero en un interrogatorio hecho con mucha gentileza por el alto mando enemigo. Algunas de las preguntas no tenían relación con Washington, pero podían ser utilizadas por los agentes de Franco en Valencia.

De una manera un poco torpe cambié el tema y comencé a hablar de otros países. Mr. Thurston había estado en la ciudad de México durante la revolución allá y había adquirido poco aprecio por los nativos y revolucionarios. Aquí en Valencia, se sentía aislado del mundo. Me lo imaginé sentado, solo, en una gran oficina, disgustado con el gobierno español, receloso de los ciudadanos norteamericanos que estaban en España por miedo de que se hubieran contagiado del entusiasmo popular, y en general sin saber nada de la guerra española, de la que hubiera estado mejor informado sentado en su oficina en Washington.

Al día siguiente logré ver al vicecónsul, Mr. Hilton Wells, quien me inspiró más confianza. En realidad, le disgustaban ambos bandos de la contienda civil, aunque parecía disgustarle más el gobierno que los rebeldes. Me previno en contra de dejarme influir: «La guerra, me dijo, es siempre así, algo muy desagradable». En cuanto a los niños, temía no poder ayudarme. Bajo las leyes de inmigración norteamericanas, la adopción de un niño no tenía ningún efecto en su nacionalidad previa, no lo convertía en un ciudadano norteamericano ni le daba ningún privilegio especial, pues era tratado como cualquier otro emigrante. En cuanto a España, el cupo de emigrantes era de doscientos cincuenta y dos por año. Podía haber algunas plazas, una o dos por mes, después de que los visados de preferencia fueran repartidos, pero él no tendría noticias de esto hasta dentro de varias semanas, y, además, no quería animarme en algo que en su opinión no era más que un gesto sentimental. «Si los niños se quedan en Madrid, estoy seguro que alguien se encargará de ellos y serán bien cuidados», dijo con un gesto que intentaba ser justo.

«Sí –le dije–, los bombarderos de Franco se encargarán de ellos».

Pero no había nada más que pudiera hacer.

Éste es el fin de una larga historia. Cuando volví a Madrid le pedí a Anne Louise Strong que fuera al Departamento de Niños y les explicara la situación. Yo no podía mirarles a la cara. Por primera vez sentí vergüenza de ser un estadounidense. Si hubiera sido un francés o un inglés podría haberles ayudado, pero el Congreso norteamericano había aprobado un decreto contra la adopción de niños españoles. Hasta hace poco, el Departamento de Estado trataba de evitar incluso que les enviáramos leche en polvo o dinero, pero esto, aunque poco, todavía se puede hacer gracias a Dios.

La Brigada Internacional

De vuelta a Madrid, para una segunda visita, pasaba las tardes en las oficinas de la Brigada Internacional, en una vieja casa de la calle de Velázquez. Siempre había camiones que salían y

entraban, y también los coches del personal que formaba parte de la Brigada. Los chóferes, más de la mitad norteamericanos, recostados contra la pared, fumaban y hablaban sobre los aviones fascistas que patrullaban el camino a Brunete. Primero el avión dejaba caer una bomba sobre el coche o la ambulancia. Si la bomba no daba en el blanco, el avión regresaba para ametrallar al chófer. Éste, por lo general, tenía tiempo, después de que la bomba caía, de esconderse debajo del coche, donde la cabeza y casi todo el cuerpo estaban protegidos. Pero algunos coches, como el Citroën o el Renault, eran tan bajos que sólo un hombre delgado podía conducirlos.

Al otro lado de la calle había un café que vendía vino tinto, vermouth, agua mineral y jugos de frutas, únicas bebidas posibles en Madrid. Por lo general había diez o doce voluntarios sentados en el bar o en un barril de vino. La mayoría de los ingleses eran mineros de Gales o mecánicos del Norte. La mayoría de los norteamericanos parecían ser intelectuales, profesores o reporteros. Los americanos se quejaban de la castidad de las españolas. «Cuando sales con una de ellas lleva un anillo de boda en una mano y a su mamá en la otra». Claro que había algunas prostitutas en Madrid, pero no parecían interesarles a los americanos, la mayoría de los cuales miraban a la prostitución como algo perteneciente a la moral capitalista. Algunos se habían casado con camaradas antes de salir para el frente.

Conocí a Bill Lawrence, quien estaba encargado de las provisiones que el batallón Lincoln recibía. «Dile a la gente allá que lo que más necesitamos son tres cosas: chocolate, jabón y cigarrillos, especialmente cigarrillos», me dijo. Todavía se quejaba, molesto porque algunas de las cosas que llegaban no eran necesarias. «Estábamos descargando unas cajas grandes en Albacete, con la esperanza de que fueran cigarrillos. ¿Sabes qué eran? ¡Preservativos! ¡Qué diablos podemos hacer con eso!».

Sobre el cielo de Madrid esos días había una actividad tremenda. La mayor parte de la fuerza aérea republicana estuvo concentrada allí durante la gran ofensiva. Al principio los aviadores rebeldes fueron mantenidos en sus propios reductos. Pero Franco trajo unos cien aviones nuevos; entonces, desde la mañana hasta el anochecer, ambos bandos permanecían ocupados. Había combates aéreos, caminos cortados, depósitos de municiones volados. He aquí un breve extracto del boletín expedido por el gobierno el 12 de julio: «De las 5'50 a las 7'50 a.m. seis de nuestros bombarderos atacaron Boadilla del Monte, Villaviciosa de Odón y Villamantilla. (Éstos eran pueblecitos situados detrás de las líneas, donde estaban alojadas las tropas fascistas).

«A las 6'30, dos aviones descubrieron y bombardearon una caravana de camiones que iba para Villaviciosa. El pueblo también fue bombardeado.

«A las 7'30, treinta aviones caza, que protegían a los dos bombarderos, ametrallaron una batería antiaérea al sureste de Boadilla del Monte.

«A las 7'17 varios escuadrones bombardearon a tropas enemigas en Navalcarnero; tropas enemigas que estaban en el bosque al norte de Sevilla la Nueva; tropas enemigas en Sevilla la Nueva; posiciones fascistas al este y noroeste de dicha población y en el bosque, al noroeste de Villamanta. También se bombardeó el monte al noroeste de Villanueva de Perales».

Y así continuó todo el día. A las 4'30 p.m. hubo un combate de sesenta y nueve aviones en territorio enemigo. Las fuerzas leales derribaron un Heinkel y ocho Fiats; ellos sólo perdieron un avión. A la noche siguiente hubo otro combate en el cual los fascistas perdieron diez aviones y los republicanos sólo uno. Algunos de estos ataques y contraataques eran visibles desde Madrid. A veces no se podía distinguir quién era quién.

Casi todas las Brigadas Internacionales habían participado en la ofensiva de la sierra. Madrid estaba llena de voluntarios heridos, de todas las nacionalidades. Visité varios hospitales. La mayoría eran buenos, de acuerdo con las normas de la guerra. Me parecieron mejores que los hospitales franceses de 1917. Uno de ellos, el hospital 16, era malo según cualquier clase de normas.

Había sido la mansión de uno de los «Grandes de España». Hasta hacía una semana parecía bastante bueno: no estaba saturado, los heridos no eran graves y se encontraban en buena condición espiritual. Un grupo de americanos, sentados en torno a una mesa estilo rococó del siglo XVIII, comía huevos fritos en aceite de oliva, lo primero que probaban en tres días. Todos estaban de buen humor; reían y bromearan como un equipo de fútbol después de haber ganado un encuentro difícil. Habían visto huir al enemigo. Habían colaborado en el bombardeo de Villanueva de la Cañada y habían avanzado más allá de ese lugar, hasta una carretera, la cual, decían, había quedado literalmente flanqueada en ambos sentidos de cadáveres fascistas. Por ahora, querían recuperarse pronto para volver al frente.

Pero cuando visité el hospital 16 por segunda vez, con Dick, la atmósfera era sombría. Todos los cuartos estaban llenos de camillas, que a su vez estaban repletas de heridos graves. Mis amigos de la primera visita habían desaparecido. Unos habían vuelto al frente, otros habían ido a hospitales militares. Nos detuvimos junto a la primera camilla para preguntar, en un castellano a medias, si acaso había muchos americanos en esa sala. La contestación fue hecha igualmente en un medio castellano. Por medio de ella nos enteramos de que estábamos hablando con un inglés de Manchester. Nos dijo que había yankis a todo lo largo y ancho de ese sitio sangriento. Pero el lugar estaba lleno de norteamericanos heridos. Uno de ellos se revolvía incesantemente. Le preguntábamos si podíamos hacer algo por él. No, nada. Las enfermeras le daban lo que necesitaba. El cuarto era demasiado caliente. El sol entraba por las ventanas sin cortinas. El piso estaba cubierto de polvo. Había bacinillas sin vaciar bajo los catres. Había moscas sobre las manchas de sangre de una sábana que no había sido cambiada en varios días. No había suficientes médicos ni enfermeras. Pero el chico herido pensaba que todo estaba perfectamente bien. Y no se iba a quejar frente a dos reporteros que podrían hacer una crítica mala contra la Brigada.

En otros hospitales con mejores condiciones conocí a varios americanos, entre ellos a Martin Hourihan, comandante del batallón Lincoln, herido en ambos muslos; Hans Amlie, hermano del congresista Amlie, quien recibió un balazo en la espalda muy cerca de la espina dorsal. Al hablar con estos hombres me pude figurar la gran ofensiva como la habían visto los de la infantería: un gran choque en la mañana del 6 de julio; el avance de algunos kilómetros, a través del territorio

fascista sin siquiera disparar sus fusiles; la primera resistencia en Villanueva de la Cañada; los carlistas que salieron de la villa con sus uniformes azules y una docena de niños al frente para que nadie disparara (y nadie lo hizo hasta que los carlistas lanzaron sus granadas y mataron e hirieron a media sección inglesa). No se hizo prisionero a nadie en Villanueva.

De allí en adelante fue una lucha cruenta. Había tiradores fascistas apostados en los árboles y puestos de ametralladoras en las cimas de las colinas. Los caminos estaban expuestos al fuego y no había tiempo de cavar trincheras. Los moros tenían la costumbre de castrar a los heridos antes de degollarlos. El sol era intenso, no había alimentos ni agua.

Antes de que la ofensiva comenzara, la decimoquinta Brigada Internacional había publicado una historia: *Nos Combats contre le Fascisme*, editada por el comisario político de la brigada, J. Barthel. Escrito en francés por los soldados, publicado por una pequeña imprenta española a una milla del frente, el libro no es un modelo de la prosa más correcta. Tuvo que ser censurado para evitar que ofendiera al alto mando y que diera información al enemigo. Pero da buena cuenta sobre la muerte y la vida de los voluntarios extranjeros.

La Brigada consistía en cinco batallones –uno español, uno francés y belga (el «Batallón Seis de Febrero»), uno compuesto por italianos y hombres de los Balcanes (el Dimitrou), uno inglés (el decimoquinto) y uno americano (el Lincoln)–. Había también una compañía de caballería, una compañía de ingenieros, servicio de transporte y servicio médico, total unos tres mil trescientos hombres.

Entraron en acción el 12 de febrero, tal vez antes de lo que el alto mando español deseaba. Pero los fascistas atacaban por el Jarama y el día 11 habían cruzado el río. Parecía que iban a lograr cortar el camino de Valencia (que tuvieron en su poder durante varios días) y a tomar Madrid. La Brigada ayudó a detenerlos, pero a costa de perder la mitad de sus hombres.

El batallón inglés perdió más de la mitad de sus elementos. Una de sus tres compañías se perdió totalmente cuando los fascistas, fingiendo rendirse mientras cantaban *La Internacional*, la destrozó con granadas de mano. Sólo un hombre salió ileso.

La Lincoln entró en acción el 15 de febrero, cuando ya los fascistas habían sido detenidos. Pero el 27 de febrero, en un contraataque mal planeado, perdió la tercera parte de sus hombres en media hora. El 14 de marzo, tropas españolas poco preparadas abandonaron sus posiciones y la Lincoln tuvo que cubrir la brecha.

Para mí, la historia de la Lincoln y de todos los de la Brigada es algo incomparable en la guerra moderna. Para comenzar, tuvieron enormes dificultades para llegar a España. Los hombres de Edgar J. Hoover, la policía francesa y los espías fascistas los perseguían. Una parte fue arrestada y confinada en prisión durante cuarenta días en Francia. Otro grupo fue torpedeado cuando se hallaban a bordo del buque Ciudad de Barcelona e incluso otros voluntarios tuvieron que esperar, carentes de alimentos, en los Pirineos antes de cruzar la frontera. Ya en España, tuvieron más dificultades. Sus jefes, incompetentes por lo general, no tenían suficientes municiones, y, peor aún, eran mantenidos en las trincheras durante varias semanas sin relevos. Eran tropas de asalto durante la Guerra Mundial, cuando se acostumbraba a mandar a estos grupos de choque hacia

las líneas para acometer un ataque, y luego volverlos a enviar a hacer lo mismo –a lo sumo durante tres días, o máximo una semana– para regresarlo a un campo de descanso, entrenándose para nuevas batallas encarnizadas mientras otros grupos cubrían sus posiciones. La decimoquinta Brigada Internacional, después de detener a los fascistas en el Jarama, estuvo setenta y seis días en el frente. Los americanos tenían una canción con el ritmo de *The Red River Valley* (El valle del río rojo):

Hay un valle en España llamado Jarama;
es un valle que conocemos bien;
allí pasé mi juventud,
y allí quedaron mis camaradas.

Y así por el estilo cantaban una media docena de estrofas. A veces, en vez de decir «pasé mi juventud», decían «malgasté mi juventud».

Se quejaban porque los aguerridos de la FAI y del POUM, que estaban muy tranquilos en sus oficinas, les robaban los cigarrillos que les enviaban desde Estados Unidos. Pero quizás lo más mortificante para todos ellos fue que cuando, el 28 de abril, por fin les dieron el tan merecido descanso, en vez de enviarlos a Madrid, los mandaron a Alcalá de Henares, pueblo que era bombardeado todos los días por la aviación fascista. Tuvieron que dormir en el piso de una iglesia y, tras desfilar el Día del Trabajo, después de un corto descanso volvieron al frente.

En Albacete pasé mucho tiempo en las oficinas de los comisarios políticos tratando de conseguir transporte hasta Valencia. Los comisarios eran hombres ocupados. Entregaban a los soldados que se iban vales para alimentos, les conseguían hospedaje y arreglaban los pagos atrasados. Supervisaban la distribución de cigarrillos, jabón y libros. Servían de intermediarios entre las autoridades militares españolas y los voluntarios extranjeros. Daban charlas en las que explicaban el curso de las políticas mundiales y sus efectos en España. Argumentaban, persuadían, mantenían a hombres, etcétera. Tenían que mantener a hombres de veinte nacionalidades diferentes juntos y eso no era fácil, ya que el nacionalismo era muy fuerte en las Brigadas: los franceses eran franceses, los italianos hacían discursos, los alemanes eran puntuales y calculadores.

En la mañana del segundo día un oficial exiliado alemán que perteneció al cuerpo médico ofreció llevarme hasta Valencia. Me dijo que me recogería a la una y media –punktum–. Todos me advirtieron que estuviera a la una y media o se marcharía sin mí. A la una y media estaba yo allí. Estaba también el capitán alemán y un teniente y su chófer, también alemanes. Pero hubo un problema con las autoridades españolas, lo que nos demoró hasta las dos y media.

El auto era un Citroen que no tenía llave de contacto (como casi todos los otros coches del mando español) y que parecía irse a desbaratar en cualquier momento. La guantera se abría cada vez que dábamos contra un bache del camino. El capitán arrugaba el entrecejo y la cerraba. Otro

bache y se abría de nuevo. Después de un rato, el capitán tomó la guantera entre sus manazas y retorció el metal de manera que ya no se abrió nunca más.

Al pasar por los arrozales de Valencia nos encontramos con un convoy de camiones. Ya dije antes que para los chóferes españoles es psicológicamente imposible mantenerse en fila. Uno de los chóferes aceleró a cincuenta millas por hora mientras trataba de adelantar a otro en una curva, mientras que nosotros veníamos en dirección contraria. Fue un milagro que no tuviéramos un accidente. Nuestro chófer frenó tan fuerte que los cuatro salimos despedidos hacia adelante en nuestros asientos. La puerta del coche se abrió y el capitán la arrancó de cuajo, expresando así su furia contra una raza que no es puntual en las citas, no sabe conducir automóviles y ni siquiera se mantiene en fila.

El avión de Valencia a Francia vuela sobre el Mediterráneo hasta Barcelona. Después de una escala de media hora, sale hacia el Noroeste sobre las montañas. Sobre los Pirineos el vuelo es tan malo que tuve que cerrar los ojos y no pensar en nada. Cuando los abrí de nuevo volábamos ya sobre Francia.

En Toulouse compré un periódico fascista español, el *Heraldo de Aragón*, y me puse a leerlo en la terraza de un café. Parecía referirse a un país diferente y a una guerra también distinta. El 15 de julio Franco todavía negaba la caída de Brunete, que los republicanos habían tomado el 6 de julio. Se rehusaba a admitir que había perdido más de cinco aviones durante la ofensiva, en tanto que las fuerzas leales –los Rojos, las Hordas Marxistas– habían perdido «sesenta y uno con certeza, y tal vez doce más».

El camarero me trajo auténtico café con tres terrones de azúcar. No lo llamé «camarada» a pesar de mi entrenamiento en España, pero instintivamente me puse dos terrones de azúcar en el bolsillo para guardarlos. Entonces, con mi primera noche libre frente a mí, saqué mi libreta y me puse a apuntar datos de mi viaje.

De regreso a los Estados Unidos (escribí) la gente de mi clase estaba más profundamente conmovida por la guerra española que por ningún otro suceso, desde la Guerra Mundial y la Revolución rusa.

Puedo testimoniar por mí y por otras personas que devorábamos los periódicos, desde el *Times* hasta la edición nocturna del *The Herald Tribune*. Aprendimos los horarios de los noticieros por radio y el color político de los comentaristas para reconocer la verdad sobre España. Por la noche nos desvelábamos durante horas inventando esquemas, etcétera, que traerían una victoria súbita.

Me parecía entonces (todavía me parece) que el conflicto entre dos sistemas diferentes de vida era más claro en España que en ninguna otra parte. De un lado están los bancos, los terratenientes, los obispos, la vieja tradición de intolerancia de clases. «Jerarquía» y «Disciplina». En el otro lado están los campesinos, los artesanos, los artistas, la aspiración de los pobres a saber más, a tener más libertad, más de todo. Y, además de en España, este mismo proceso de revolución y de intervención extranjera puede repetirse en Checoslovaquia, en Francia, en todas las naciones libres de Europa.

Eso era lo que yo sentía en Nueva York, y lo que siento todavía, pero en España olvidaba todos estos esquemas de guerra para seguir sus victorias día a día. ¿Podríamos avanzar desde Brunete y cortar el camino de Extremadura? ¿Contraatacarían ellos en Teruel? ¿Por qué no teníamos más aviones? No había tiempo para pensar en el futuro. Todas las palabras sobre Democracia y Proletariado parecían insignificantes frente a la sencilla amistad y la voluntad de morir de los soldados españoles.

¿Ganarán la Guerra? Aún hoy no puedo contestar. Depende en mucho de los asuntos internacionales –de cuántos soldados italianos puedan llegar a Cádiz; de cuánta ayuda extranjera el general Franco pueda aceptar sin causar un motín entre sus tropas, de los altibajos de la política francesa e inglesa–. En fin, depende de fuerzas externas que no se pueden medir. Pero, por encima de todo, de los españoles mismos; de su espíritu tras las líneas de fuego; de su habilidad para resolver sus diferencias pasando por alto políticas y personalidades; de su poder para crear un ejército popular con oficiales eficientes, para organizar los transportes, construir fuerzas de reserva, emprender una campaña en varios frentes, pelear en el campo. Si Franco puede ser vencido, Mussolini dejará de enviar sus tropas a España (como Hitler ya ha hecho) y ésa es la razón para el optimismo que hay en Madrid y en el frente. No saben mucho sobre la situación internacional, pero saben que su ejército se hace más fuerte cada día.

El bando fascista de España está mejor alimentado y menos preocupado por ataques aéreos. Ésa es la idea que me dio el diario de Zaragoza. Hablaba por supuesto de las «grandes victorias de nuestras fuerzas gloriosas», pero contenía también detalles de la vida diaria. El consejo municipal había decidido regular la venta de melones en la plaza pública y construir un quiosco en el bulevar. Los bancos anunciaban su deseo de aceptar depósitos. Mucha gente anunciaba cuartos para alquilar. Nada de esto se veía en el lado republicano.

Claro que Zaragoza estaba bajo el dominio del fascismo internacional. Había un sinnúmero de organizaciones: imitando el modelo alemán o italiano, los falangistas, la organización juvenil fascista, hasta los niños tenían una organización fas-cista (los flechas), un sindicato fascista que daba buenas ventajas pero prohibía la huelga. Cada resolución terminaba con un eslogan fascista: «Jerarquía y disciplina - Arriba España - Viva Franco - Por el Imperio hacia Dios». «Por la Patria, pan y Justicia». «¡Arriba España!».

Al leer el Heraldo de Aragón me pregunté cómo sería España si Franco lograba la victoria. Primero vendría la matanza de sus enemigos, que ha prometido desde hace más de un año. Y después, ¿qué? Muchos creen que habría una serie de levantamientos y guerrillas: no estoy de acuerdo con ellos. Los españoles son la nación más valerosa de Europa, pero no está en su naturaleza el pelear por una causa perdida. Lo más seguro es que se encierren en su apatía. Los campesinos perderían la tierra que han ganado. Los recursos minerales serían explotados por los alemanes y los italianos. Habría una repoblación forestal (que es parte del programa fascista) y nuevos proyectos de riego, que no serían lo suficientemente fuertes para enfrentarse con los terratenientes. Las escuelas serían cerradas o devueltas a los jesuitas. Bajo el peso de sus

instituciones anquilosadas y de su sistema feudal, el país dormitaría y decaería como lo hizo en el siglo XVIII.

¿Y si gana el gobierno? Habrá un periodo de incompetencia y desorden, de disparidades y enfrentamientos, pero esto mostrará que el pueblo está librando sus propias batallas. Se insistirá en aumentar el capital nacional. Habrá nuevos proyectos de riego, nuevos pantanos, centrales eléctricas, minas de esmaltes, fábricas, universidades, imprentas siempre ocupadas y escuelas repletas: los recursos naturales de España en el oeste europeo. Bajo el gobierno del Pueblo, la tierra muerta resucitará.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 584-613